

NECROLOGÍAS

JOSÉ COLOMINAS ROCA (1883-1958)

José Colominas Roca, uno de los fundadores del Museo Arqueológico de Barcelona, no ha sobrevivido muchos años a su retiro oficial de las actividades arqueológicas.



Profesional de la arqueología desde largos decenios, no era un universitario, pero tampoco era propiamente un aficionado y un autodidacta. Perteneía a una generación de estudiosos de la prehistoria que podríamos decir era anterior a la constitución de ésta como Ciencia, y, cual tantos otros prehistoriadores, procedía del campo de las Ciencias Naturales, estudiadas libremente, pero con no menor exigencia que en los centros oficiales. Su espíritu abierto y ávido de conoci-

mientos le llevó a sistematizarlos y ampliarlos en los cursos de geología y mineralogía que profesaron los doctores Almera y Font y Saguér y el ingeniero de minas don Luis Mariano Vidal, siendo en los mismos discípulo de Faura y Sans, Bataller, Serradell y otros geólogos bien conocidos, y figurando como uno de los fundadores del benemérito Club Muntanyenc y de la Sociedad Catalana de Historia Natural, donde se reunían todos los profesionales y aficionados a estos estudios. Más tarde, en 1915, al ingresar en el Servicio de Investigaciones Arqueológicas, como colaborador de Bosch y Gimpera, concurrió también a los cursos que éste y Puig y Cadafalch profesaban en los *Estudis Universitaris Catalans*.

De estos estudios, de sus varias y amplias lecturas y de una verdadera vocación se formó la personalidad de Colominas, excavador escrupuloso y redactor exacto de los trabajos que realizaba, a la perfecta ejecución de los cuales contribuía su «olfato arqueológico», algo parecido al «ojo clínico» de los médicos, que se posee naturalmente y con el estudio. Al entrar en funciones, primero en los Museos de Arte y Arqueología de la Ciudadela, y más tarde en el Museo Arqueológico, fue uno de estos grandes expertos en distinguir las falsificaciones de los ejemplares auténticos, pudiéndose citar varios éxitos en su vida profesional. Su juicio era rápido, contundente y siempre acertado.

Era igualmente seguro su gusto en las instalaciones museísticas. Él consideraba un deber montar personalmente los objetos, poseyendo un exquisito acierto. Manejaba con rapidez los objetos arqueológicos más suti-

les, y jamás vimos que se deslizase entre sus dedos pieza alguna o topase contra el cristal de la vitrina o contra otra pieza, de manera que se podía confiar plenamente en su habilidad en tan delicadas tareas. Por ello, bajo la dirección del Prof. Bosch, tuvo en sus manos toda esta «mecánica» museística, que dominaba como nadie, y más tarde el Prof. Almagro siguió prestándole la misma confianza, cosa de la que ni el uno ni el otro tuvieron ocasión de arrepentirse.

Como excavador merecía igualmente la máxima confianza. En los grandes trabajos era el hombre que acudía al tajo antes que los obreros, y permanecía en él, vigilante y activo, toda la jornada, por larga que fuese. En las prospecciones no tenía rival, poniendo a contribución sin tasa sus cualidades de infatigable caminador, de hábil interrogador de las gentes del campo, de las que sabía captarse rápidamente la confianza; de sagaz observador y de escrupuloso anotador de todo aquello que veía y oía.

Y digamos ahora una palabra sobre sus publicaciones y sobre el carácter de las mismas. Colominas consideraba que en la publicación arqueológica hay dos aspectos netamente diferenciados, y que no hay que mezclar nunca la relación absolutamente objetiva del trabajo realizado, con todos los detalles que él creía necesarios, expuestos con la claridad precisa para hacerlos utilizables por todos los investigadores, y lo que él llamaba «teorías», o sea la incorporación de este trabajo al conjunto de los conocimientos científicos. Mezclar en una misma publicación, y hasta en un mismo párrafo, las dos cosas le parecía una práctica perniciosa, como nos lo parece a nosotros, cosa que hemos manifestado más de una vez.

Colominas consideraba, y creemos que con mucha razón, que en el estado actual

de las investigaciones la primera tarea es la más urgente, y sobre todo aquella que exige un mayor cuidado; mientras que la segunda, necesaria también, ya que de otra manera los conocimientos obtenidos constituirían una masa amorfa de observaciones; se presta a continuas modificaciones y enmiendas, y, en verdad, las teorías serán tanto más sólidas cuanto mayor sea el número de hechos bien observados en que se asienten, y la solidez de esta base es, como en toda construcción, el fundamento de todo.

Por eso las publicaciones de Colominas tienen una preconcebida sequedad, que el teorizador nunca se cansa de agradecer. En algún trabajo de gran importancia, como la Prehistoria de Montserrat, en la que Colominas descubrió una facies cultural, la de la cerámica que se ha venido a llamar *cardial*, hasta aquel momento prácticamente desconocida, creyó oportuno hacer una recopilación de los datos conocidos referentes a otras estaciones de Cataluña, pero lo hizo en un capítulo bien diferenciado y, dentro de él, en la forma más escueta posible. Por eso las publicaciones de Colominas tienen un carácter de permanencia y serán consultadas con fruto por muchos años que pasen sobre ellas.

Espíritu generoso, a veces excesivamente generoso, puso siempre a disposición no sólo de los colegas, sino también de los más jóvenes estudiantes, el arsenal inmenso de sus conocimientos y de los datos que, como fruto de sus innumerables excursiones y prospecciones, poseía; cosa que con frecuencia no le era agradecida ni con una breve cita a pie de página. Es algo que más o menos nos ha pasado a muchos; pero mientras otros, nosotros mismos, nos hemos lamentado de ello, por lo menos privadamente, él nunca tuvo una palabra para deplorarlo. Hasta en los últimos tiempos de su vida, cuando, abatido por la enfermedad que había de

llevarlo a la tumba, su mente, conservada con la máxima claridad, se ofrecía generosamente a todo aquel que venía a pedirle un dato que figuraba inédito entre sus papeles.

No hemos de hacer aquí la enumeración

de sus trabajos, cuya mayoría consta en su numerosa bibliografía. Sólo desde estas páginas hemos de renovar un emocionado recuerdo al colega y amigo con el que durante tantos años compartimos afanes e ideales. — J. C. SERRA-RÁFOLS.

GERO MERHART VON BERNEGG (1886-1959)

El 4 de mayo de 1959 falleció, en su retiro de Kreuzlingen (Suiza), el Catedrático de Prehistoria doctor Gero Merhart von



Bernegg, ilustre maestro de varias generaciones de prehistoriadores alemanes. Con él ha perdido Alemania el más significativo y destacado maestro de esta ciencia en lo que

va del siglo xx. También ha perdido la ciencia internacional a un sabio auténtico, que además mereció siempre el afecto y la más alta estimación de todos, por su bondad como hombre.

Nació en el año 1886, en Bregenz (Vorarlberg), estudiando primeramente Geología en Munich y doctorándose en 1913. Después fue Ayudante en el Museo de Antropología y Prehistoria de Munich, completando así el proceso hacia su especialización arqueológica. En diciembre de 1914 intervino en la primera Gran Guerra como oficial austríaco, siendo hecho prisionero y sufriendo cautiverio en Rusia. En 1919 pasó al servicio del Museo del distrito de Jenissei, en Siberia, por mediación de la Cruz Roja (hermana Elsa Brandström), siendo, desde 1920 hasta 1921, Director de la sección de Arqueología del mismo Museo. A él se debe el descubrimiento y estudio de los primeros restos culturales del hombre de la Edad de Piedra en Siberia, y cuando regresó de su cautiverio publicó un gran trabajo: *La Edad del Bronce en Jenissei*, que representa la primera exposición de la historia primitiva de Siberia, que aún hoy no ha sido superada.

A su vuelta de Rusia fue nombrado profesor en Innsbruck, desde 1924 hasta 1927. Tras estas primeras actividades como docente, siguió una corta actuación (1927-1928) como Director Ayudante en el Museo Cen-